



Sergio Arturo Montero Alarcón en su taller particular.

Imagen: cortesía, ©Archivo Profesor Montero.

Sergio Arturo Montero Alarcón. *In memoriam*

Valeria García Vierna*

*Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Para muchos de los restauradores egresados de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, Manuel del Castillo Negrete (ENCRyM) el profesor Sergio Arturo Montero Alarcón fue, y sigue siendo, uno de los referentes más importantes de nuestro gremio y de nuestra profesión en México. Para muchos de nosotros él marcó, en buena medida, el inicio de nuestra trayectoria profesional desde el proceso mismo de admisión a la carrera de Restauración. Su presencia como coordinador del examen propedéutico le otorgaba al proceso un aire solemne, ya que imponía respeto a quienes como aspirantes a ingresar aún no conocíamos su trayectoria. Su persona imponía consideración; su forma, siempre respetuosa de referirse a todos, de usted, nos dejaba claro que estábamos frente a una autoridad. Él observaba a todos, sin expresar mucho, sin decir palabra; caminaba entre las mesas en las que trabajábamos, desplazándose pausadamente y echaba un vistazo de nuestro trabajo por encima del hombro, y en esos momentos uno sostenía por unos segundos el aliento, con toda la incertidumbre de si aquella labor que hacíamos sería suficiente para aprobar o representaría nuestra exclusión del proceso. Él continuaba su paso y su acuciosa inspección sin decir nada.

Creo no mentir si afirmo que de todas las actividades incluidas en dicho proceso la que más se fijó en nuestra memoria, y la que más entrañable resultó, fue el ejercicio de escoger un personaje y elaborar un títere como parte de una obra, cuyo final era una catástrofe que terminaría con la vida de la mayoría de los personajes. Además de tener que argumentar inteligentemente por qué uno debía sobrevivir a la catástrofe, debíamos enfocarnos en la construcción misma de los títeres, lo que resultaba una aventura para todos aquellos principiantes que tratábamos de mostrar nuestra creatividad y obtener un resultado medianamente digno. Sin duda, el compartir aquellos momentos crearon alianzas entrañables entre los participantes y fueron motivo de bromas que rompían con los nervios que reinaban durante las semanas del propedéutico. Uno, en esos momentos, no podía imaginar el profundo conocimiento que el profesor Montero (titiritero de corazón) tenía sobre el teatro guiñol y sobre el arte de narrar historias. Como ya he dicho, creo, fue una de las actividades que se grabó más profundamente en la memoria, en las anécdotas de grupo y en el corazón de quienes participamos de ellas.





Sergio Arturo Montero Alarcón. Restauración de títeres Rosete Aranda.

Imagen: Cortesía, ©Archivo Profesor Montero.

Una vez que logramos ingresar a Churubusco, Montero se convirtió en uno de nuestros primeros profesores, construyó los cimientos y nos mostró las amplias posibilidades de la profesión en el Seminario-Taller de Introducción a la Restauración y de Tecnología de los Bienes Culturales y, en el segundo año, compartió más de su conocimiento en el Seminario-Taller de Pintura Mural y posteriormente la materia de Manejo de Colecciones. Al constituirse como un seminario-taller los docentes buscaban integrar sus clases bajo una línea definida por el tipo de bien cultural a tratar, ello implicaba un continuo trabajo de comunicación y de organización, que quizás no siempre resultaba fácil, pero donde era claro que el profesor Montero cumplía un papel fundamental como integrador de la información hacia una aplicación directa en la conservación-restauración.

En ese sentido, el profesor Montero no sólo fue un maestro para aquellos que fuimos sus alumnos durante los estudios de la licenciatura, sino que fungió como un mentor para sus colegas, muchos quizás recién egresados que se iniciaron en el mundo de la docencia al concluir la carrera y con poca experiencia, otros, en cambio, ya más fogueados ante los alumnos. En todo caso, Montero se convirtió en un mentor que, con acertados y respetuosos consejos, daba guía en las labores docentes con su vasta experiencia. Simplemente el observar su proceder cotidiano ante el grupo y con sus colegas era una continua enseñanza de disciplina, entrega, cortesía y firmeza. Hay que recordar que su trayectoria como maestro fue paralela a la de restaurador, ambas, de más de 45 años en el INAH. Explicaba los diferentes temas usando, en su mayoría, ejemplos de casos que él había abordado; enriquecía con anécdotas que nos cautivaban porque era una forma de conocer la historia de la Restauración misma. Narra cómo había intervenido y resuelto casos emblemáticos e involucraba en esas historias nombres de restauradores famosos que sólo conocíamos por ser los autores de aquellos libros y textos que íbamos reconociendo como fundamentales para ese momento. Sin duda, sus alumnos fuimos privilegiados al conocer la historia de nuestra disciplina de la voz de unos de sus fundadores, quien además se distinguía por su sencillez, generosidad y mesura, así como por su particular y fino sentido del humor, que siempre dejaba caer un comentario mordaz o que complementaba con una sonrisa irónica en el momento oportuno.

Como él mismo narró en diversas ocasiones, muy pronto, a su regreso de Europa en 1961 en donde gracias a una beca realizó estudios en la Escuela Superior de Artes Plásticas de Bratislava, en la antigua Checoslovaquia, y tras ejecutar un par de proyectos de restauración de pintura mural en el ámbito privado, ingresó al entonces Departamento de Catálogo y Restauración del INAH dirigido por Manuel del Castillo Negrete, como jefe de restauradores y ahí mismo inició su labor como maestro. El joven Sergio Arturo Montero con 25 años, a lo mucho, era consciente de que debía formar a quienes ahí trabajaban, transmitir aquello que había aprendido en Checoslovaquia y que iba desarrollando sobre su propia práctica como restaurador, como sucedió con el proceso de desprendimiento que improvisó en el caso de un mural del padre de Juan O'Gorman en una casa de la Ciudad de México, u otro de Fermín Revueltas que se pensaba desmontar por la remodelación del banco en donde se ubicaba en el centro, también de la Ciudad de México.¹ La formación que él tuvo, primero en la Escuela Nacional de Artes Plásticas La Esmeralda y, posteriormente, en Bratislava en donde cursó una especialización de dos años en restauración de obras de arte y monumentos históricos, le otorgaron las bases de conocimiento acerca de diferentes materiales y su comportamiento, pero en especial desarrolló una gran capacidad de observación que le posibilitaría afrontar muchos retos a la hora de intervenir diversos bienes culturales.

¹ Estas anécdotas las narró el profesor Montero durante el evento de conmemoración de los 50 años de Churubusco, mismo que se puede ver en el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch?v=naVzAhPeS_s>





Sergio Arturo Montero Alarcón en preparativos para traslado de la pintura mural de Fermín Revueltas.
Imagen: cortesía, ©Archivo Profesor Montero.



En sus clases nos insistía mucho en ello, en que como restauradores debíamos desarrollar la observación, la intuición y aplicar el sentido común (aunque en un tono irónico, y a manera de broma, decía que era el menos común de los sentidos). Ponía siempre mucho énfasis en que aprendiéramos a usar cada una de las herramientas para lo que habían sido diseñadas, “dar un buen uso a cada herramienta es la base de un óptimo proceso”, decía. Más de uno de nosotros nos llevamos un llamado de atención por haber usado un desarmador para retirar grapas de un bastidor cuando ¡había un extractor de clavos y grapas para ello!² Quizás en el momento uno no comprendía la trascendencia de aquella enseñanza, pero sin duda se afianzó en nuestra práctica, e incluso, ha sido muy útil al aplicarla a todos los ámbitos de la vida, por ejemplo, actualmente en la crisis causada por el virus Sars-CoV-2 en donde nos ha sido necesario aprender a usar nuevas herramientas tecnológicas y saber aplicar cada una de ellas, resulta fundamental para nuestra práctica como profesionales y docentes de la restauración y conservación del patrimonio cultural.

Una de sus enormes fortalezas fue haber intervenido todo tipo de bienes culturales. Él contaba que en los inicios del Departamento de Catálogo y Restauración del INAH buscaban bienes entre los museos del Instituto para poder intervenirlos. En aquella época, aún no se sabía mucho de la disciplina ni se tenía conocimiento de que hubiera especialistas en restauración, así que era necesario pedir que les mandaran piezas bajo la mirada escéptica de los directores y encargados de museos. Poco a poco fue llegando obra a los talleres de Churubusco donde Montero fungió como Jefe de Taller. Se intervenían obras de caballete, esculturas, piezas arqueológicas de cerámica, escultura en piedra, pintura mural, metales, piezas pequeñas y de gran formato, bienes de diferentes lugares de procedencia y materiales diversos. Particularmente destaca su amplísima experiencia en sitios arqueológicos a los que acudió y buscó privilegiar la conservación in situ. Pero donde, en casos necesarios, también se llevaron a cabo desprendimientos y traslado de piezas. Todo ello resultó en una gran producción de bienes restaurados y conservados por él y sus equipos, y sobre todo, en un cúmulo de experiencia y aprendizaje que vertió generosamente en su trayectoria como maestro.

Al “profe Montero” uno siempre podía acudir para preguntarle sobre algún tema o pedirle consejo de un caso específico. Ya fuera uno aún su alumno, o bien, ya como egresado, él sin duda dedicaba tiempo a dar respuesta, a compartir algún caso que hubiera trabajado y que sirviera como referencia al que nosotros le planteábamos como consulta. Si en el momento no tenía a la mano el dato, días después se acercaba él mismo para profundizar en una respuesta o un consejo más preciso, lo cual significaba que había tomado nuestro requerimiento o nuestra duda y había dedicado parte de su tiempo a reflexionar y recordar alguna información que fuera útil. Sabía de todo, lo mismo de piedra que de fibra de vidrio como soporte de pintura; particularmente era una eminencia en conservación de pintura mural; conocía tantos casos y tantos lugares que seguro tenía entre sus recuerdos uno que sirviera de referencia ¡y sí, siempre lo tenía!

Para muchos de nosotros Montero representaba la imagen del restaurador de campo, de aquel que no rechazaba un caso por difícil que le hubiera parecido. Aunque de forma previa no supiera exactamente qué haría, buscó dar soluciones que abordaba de la forma más simple y elegante; privilegiando siempre la observación, la comprensión del problema antes de iniciar cualquier acción. Sentido común, era su lema. Saber improvisar con los recursos que tuviera a la mano, sin complicaciones, sin sofisticaciones innecesarias. Aplicar el conocimiento de los materiales

² En México a esa herramienta se le conoce popularmente como pata de chivo, pata de cabra o alzaprima.



constitutivos como un aliado para intervenir los bienes, no buscar imponerse a los problemas sino descifrarlos y dar una solución creativa y contundente. Utilizar los principios de la física básica. Conocer la química de los materiales y de aquellos que uno pretende usar para la conservación. Todos ellos, principios básicos a los que debe recurrir el restaurador y que fueron parte de sus insistentes y profundas lecciones. Pero también nos insistió en tener siempre presente la enorme responsabilidad que, como restauradores, tenemos en nuestras manos y el compromiso de saber que al intervenir el patrimonio cultural hacemos un servicio a la sociedad.

Hoy, lamentablemente no contamos ya con la presencia del profesor Sergio Arturo Montero entre nosotros. Pero para quienes lo conservamos como nuestro maestro entrañable, podemos recordar aún sus pasos por los pasillos empedrados del exconvento de Churubusco, lugar donde laboró una buena parte de su vida. Podemos evocar su silueta delgada vistiendo guayabera o un cuello alto y saco en los días más fríos; caminando con su paso firme pero sin prisa; su afilado rostro concentrado en sus pensamientos, quizás con una taza de café en una mano y un cigarro en la otra, preparándose para presentarse frente a un grupo, dispuesto a compartir anécdotas y a otorgar lo mejor que un maestro puede compartir con sus alumnos: el respeto y el fervor por su disciplina. Y de eso, él nos dio a manos llenas.

¡Gracias, siempre, querido profe Montero!



Sergio Arturo Montero Alarcón. Imagen: Isaac Quesada, ©CNCPC-INAH, 2015.

